

GEORGES SIMENON

EL MUERTO
DE MAIGRET

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS
DE NÚRIA PETIT

BARCELONA 2016



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Maigret et son mort*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

MAIGRET ET SON MORT © 1948 by Georges
Simenon Limited, todos los derechos reservados
«El muerto de Maigret» © 2016 by Georges
Simenon Limited, todos los derechos reservados
GEORGES SIMENON ®  Simenon.tn, todos los derechos reservados
MAIGRET ® Georges Simenon Limited, todos los derechos reservados
© de la traducción, 2016 by Núria Petit Fontserè
© de la fotografía de la cubierta, by Fondo F. Català-Roca – Arxiu
Fotogràfic de l'Arxiu Històric del Col·legi d'Arquitectes de Catalunya
© de esta edición, 2016 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.

En la cubierta, fotografía de F. Català-Roca (1953)

ISBN: 978-84-16748-16-7
DEPÓSITO LEGAL: B. 21487-2016

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *noviembre de 2016*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

I

—Disculpe, señora...—Tras varios minutos de pacientes esfuerzos, Maigret logró por fin interrumpir a su visitante—. Me está diciendo que su hija la envenena lentamente...

—Es la verdad...

—Hace un momento me ha dicho con el mismo aplomo que era su yerno quien se las arreglaba para cruzarse con la doncella por el pasillo y verter veneno en su café o en una de sus muchas tisanas...

—Es la verdad...

—Sin embargo...—consultó o fingió consultar las notas que había tomado durante la conversación, que duraba más de una hora—al principio me ha dicho que su hija y su marido se odian...

—Y eso también es la verdad, señor comisario.

—¿Y se han confabulado para acabar con usted?

—¡Claro que no! Precisamente... Tratan de envenenarme por separado, ¿comprende?

—¿Y su sobrina Rita?

—También por su cuenta...

Era febrero. Hacía un tiempo agradable, soleado, con alguna que otra nube blanca de chaparrón humedeciendo el cielo. Sin embargo, desde que la visitante estaba allí, Maigret había atizado tres veces la estufa, la última estufa de la Policía Judicial, que tanto le había costado conservar cuando habían instalado la calefacción central en quai des Orfèvres.

La mujer debía de estar empapada debajo del abrigo de visón, debajo de la seda negra de su vestido, debajo de la

acumulación de joyas que la adornaban por todas partes, en las orejas, en el cuello, en las muñecas, en el pecho, como a una gitana. Y a una gitana recordaba más que a una gran dama, con su maquillaje exagerado que estaba empezando a formar una costra y a correrse.

—En resumen, tres personas intentan envenenarla.

—No es que lo intenten... Ya han empezado...

—Y usted cree que cada uno de ellos actúa sin saber lo que hacen los otros...

—No es que lo crea, estoy segura...

Tenía el mismo acento rumano que una célebre actriz de los teatros de bulevar, los mismos arrebatos, que cada vez lo hacían estremecerse.

—No estoy loca... Lea... Supongo que conoce usted al profesor Touchard... Lo llaman como perito en los juicios más importantes...

Había pensado en todo, ¡hasta en consultar al alienista más famoso de París y pedirle un certificado atestiguando que gozaba de plenas facultades mentales!

No había nada que hacer más que escuchar con paciencia y, para contentarla, escribir de vez en cuando a lápiz algunas palabras en el bloc de notas. Se había hecho anunciar por un ministro, que había telefonado personalmente al director de la Policía Judicial. Su marido, que había muerto unas semanas atrás, era consejero de Estado. Vivía en rue de Presbourg, en una de esas enormes casas de piedra cuyas fachadas dan a place de l'Étoile.

—En cuanto a mi yerno, el procedimiento es el siguiente... He estudiado la cuestión... Hace meses que lo espío...

—O sea que ya había empezado en vida de su marido.

La mujer le tendió un plano del primer piso de la casa que había dibujado cuidadosamente.

—Mi habitación está marcada con una A... La de mi hija

y su marido, con una B... Pero Gaston ya no duerme en esa habitación desde hace algún tiempo...

Por fin sonó el teléfono, con lo cual Maigret tendría un respiro.

—Diga... ¿Quién está al aparato?

La centralita, en general, sólo le pasaba las llamadas cuando el caso era urgente.

—Disculpe, señor comisario... Un sujeto que no quiere decir su nombre insiste en hablar con usted... Me jura que es cuestión de vida o muerte...

—¿Quiere hablar conmigo personalmente?

—Sí... ¿Se lo paso?

Y Maigret oyó una voz ansiosa que decía:

—¡¿Aló?!... ¿Es usted?...

—El comisario Maigret, sí...

—Perdone... Mi nombre no le diría nada... No me conoce, pero conoció a mi mujer, Nine... ¡¿Aló?!... Debo contárselo todo, muy deprisa, porque puede que esté al llegar...

Lo primero que pensó Maigret fue: «¡Vaya! Otro loco... Es el día...». Pues había observado que los locos generalmente van por rachas, como si ciertas fases de la luna les influyeran. Se prometió que luego consultaría el calendario.

—Primero quería ir a verlo... He pasado por quai des Orfèvres, pero no me he atrevido a entrar, porque él iba pisándome los talones... Creo que no habría vacilado en disparar...

—¿De quién habla?

—Un momento... No estoy lejos... Estoy enfrente de su despacho y hace un instante podía ver su ventana... quai des Grands-Augustins... ¿Conoce usted un café que se llama Aux Caves du Beaujolais...? Acabo de entrar en la cabina... ¡¿Aló?!... ¿Me escucha?

Eran las once de la mañana, y Maigret anotó maquinalmente en su bloc la hora y después el nombre del café.

—He considerado todas las soluciones posibles... Me he dirigido a un policía en place du Châtelet...

—¿Cuándo?

—Hace media hora... Uno de los hombres me pisaba los talones... Era bajito y moreno... Porque son varios y se turnan... No estoy seguro de reconocerlos a todos... Sé que el moreno bajito es uno de ellos...

Un silencio.

—¡¿Aló?!...—dijo Maigret.

El silencio duró unos instantes y luego se oyó de nuevo la voz.

—Disculpe... He oído que entraba alguien en el café y he creído que era él... He entreabierto la puerta de la cabina para verlo, pero no es más que un joven repartidor... ¿Aló?...

—¿Qué le ha dicho al agente?

—Que unos tipos me están siguiendo desde anoche... No, desde primera hora de la tarde, para ser más exactos... Que seguramente buscan una ocasión para matarme... Le he pedido que detuviera al que venía detrás de mí...

—¿El agente se ha negado?

—Me ha pedido que le mostrase al hombre y, cuando he querido hacerlo, ya no lo he encontrado... Entonces no me ha creído... He bajado al metro... Me he metido en un vagón y he bajado en el momento en que arrancaba el convoy... He recorrido todos los pasillos... He salido frente al bazar de l'Hôtel-de-Ville y también he cruzado toda la tienda...

Había debido caminar muy deprisa, o ir corriendo, pues su respiración era entrecortada y jadeante.

—Lo que le pido es que me envíe enseguida a un inspector de paisano... Al café Aux Caves du Beaujolais... Que no me hable... Que haga como si nada... Yo saldré... Casi se-

guro que el otro empezará a seguirme... Bastará con arres-
tarlo, y yo iré a verlo a usted y le explicaré...

—¿Aló?!

—Digo que...

Silencio. Unos ruidos confusos.

—¡Diga!... ¡Diga!...

Ya no había nadie al otro lado del hilo.

—Como le decía...—prosiguió imperturbable la vieja de
los venenos, al ver que Maigret colgaba.

—¿Me permite un momento?

Fue a abrir la puerta que comunicaba con el despacho
de los inspectores.

—Janvier... Ponte el sombrero y ve corriendo aquí en-
frente, a quai des Grands-Augustins... Hay un café que se
llama Aux Caves du Beaujolais... Pregunta si el hombre
que acaba de telefonar aún está...

Descolgó su teléfono.

—Póngame con el café Caves du Beaujolais...

Al tiempo que llamaba miraba por la ventana y, al otro
lado del Sena, donde quai des Grands-Augustins forma una
rampa para subir a Pont Saint-Michel, podía ver la vidriera
estrecha de un café de barrio en el que alguna vez había en-
trado a tomar una copa en la barra. Recordaba que se baja-
ba un escalón, que la sala era fresca y que el dueño llevaba
un mandil negro de bodeguero.

Un camión parado frente al bar impedía ver la puerta.
Pasaba gente por la acera.

—Mire, señor comisario...

—¡Un momento, señora, por favor!

Y llenó minuciosamente su pipa sin dejar de mirar por
la ventana.

Aquella vieja, con sus historias de envenenamiento, iba
a hacerle perder la mañana, o algo más. Había traído canti-

dad de papeles, planos, certificados, y hasta análisis de alimentos que había tenido la precaución de encargarle a su farmacéutico.

—Siempre he desconfiado, ¿comprende?...

Exhalaba un perfume agresivo, mareante, que había invadido el despacho y había logrado aniquilar el buen olor a pipa.

—¡Aló!... ¿Aún no tiene el número que le he pedido?

—Estoy llamando, señor comisario... No paro de llamar... Siempre está ocupado... A no ser que lo hayan dejado descolgado...

Janvier, sin chaqueta, con su andar desgarrado, cruzó el puente y poco después entraba en el bar. El camión arrancó por fin, pero no se veía el interior del café, que estaba demasiado oscuro. Pasaron unos minutos. Sonó el teléfono.

—Señor comisario, ya está... Ya tiene usted su número... Está sonando...

—¡Diga!... ¿Quién está al aparato? ¿Eres tú, Janvier? ¿El teléfono estaba descolgado?... ¿Y bien?

—Había en efecto un hombre bajito telefoneando...

—¿Lo has visto?

—No... Cuando he llegado ya se había ido... Parece que estaba todo el tiempo mirando por el cristal de la cabina, entreabriendo continuamente la puerta...

—¿Y entonces?

—Ha entrado un cliente, ha echado enseguida una ojeada al teléfono y ha pedido una copa de aguardiente en la barra... En cuanto el otro lo ha visto, ha interrumpido la comunicación...

—¿Se han ido los dos?

—Sí, primero uno y luego el otro...

—Procura que el dueño te dé una descripción tan minuciosa como sea posible de los dos tipos... ¡¿Aló?!... Ya

que estás ahí, vuelve por place du Châtelet... Pregunta a los distintos agentes apostados allí... Averigua si a alguno de ellos, hace como unos tres cuartos de hora, lo ha abordado un hombre que le ha pedido que arrestase al que lo seguía...

Cuando colgó, la vieja lo miró con satisfacción y lo aprobó, como si fuese a ponerle una buena nota:

—Así es exactamente como entiendo yo una investigación... No pierde usted el tiempo... Piensa en todo...

Maigret se sentó y lanzó un suspiro. Había estado a punto de abrir la ventana, pues empezaba a asfixiarse en aquella habitación recalentada, pero no quería perder la posibilidad de acortar la visita de aquella recomendada del ministro.

Aubain-Vasconcelos. Así se llamaba. Ese nombre se le quedaría grabado en la memoria, y sin embargo no volvió a verla. ¿Murió a los pocos días? Probablemente no. Se habría enterado. ¿Tal vez la encerraron? ¿Tal vez, decepcionada de la policía oficial, se había dirigido a una agencia privada? ¿O tal vez se había despertado al día siguiente con otra idea fija?

El caso es que aún estuvo casi una hora oyéndola hablar de todos los que en esa enorme casa de rue de Presbourg, donde la vida no debía de ser muy divertida, se pasaban el día envenenándola.

A las doce por fin pudo abrir la ventana; después, con la pipa entre los dientes, entró en el despacho del director.

—¿Se la ha sacado de encima amablemente?

—Lo más amablemente que he podido.

—Parece que en su época fue una de las mujeres más guapas de Europa. Yo conocí vagamente a su marido, el hombre más amable, más anodino y más aburrido que se pueda imaginar. ¿Va usted a salir, Maigret?

El comisario titubeó. Las calles empezaban a oler a primavera. En la Brasserie Dauphine ya habían puesto la terra-

za, y la frase del director era una invitación para ir a tomar allí tranquilamente el aperitivo antes de almorzar.

—Creo que será mejor que me quede... Esta mañana he recibido una llamada extraña...

Iba a hablar de ella cuando sonó el teléfono. El director contestó y le pasó el aparato.

—Es para usted, Maigret.

Y el comisario reconoció de inmediato la voz, que era aún más ansiosa que por la mañana.

—¡Aló!... Nos han interrumpido hace un momento... Ha entrado... Me podía oír a través de la puerta de la cabina... He tenido miedo...

—¿Dónde está usted?

—En el café Tabac des Vosges, en la esquina de place des Vosges con rue des Francs-Bourgeois... He intentado des-pistarlo... No sé si lo he conseguido... Pero le juro que no me equivoco, sé que tratará de matarme... Sería muy largo de explicar... He pensado que los demás se burlarían de mí, pero que usted, usted...

—¡¿Diga?!

—Está aquí... Yo... Discúlpeme...

El director miraba a Maigret, que había adoptado su aire gruñón.

—¿Algún problema?

—No lo sé... Es una historia enrevesada... ¿Me permite? Descolgo otro teléfono.

—Póngame enseguida con el café Tabac des Vosges... En el despacho del director, sí...—Y dirigiéndose a su superior—: Esperemos que esta vez no haya dejado el teléfono descolgado.

Sonó casi enseguida.

—¡¿Aló?!... ¿El café Tabac des Vosges? ¿Hablo con el dueño?... ¿El cliente que acaba de telefonar todavía está en

el bar?... ¿Cómo?... Sí, compruébelo, por favor... ¡Diga!... ¿Se acaba de ir?... ¿Ha pagado?... Dígame... ¿Ha entrado otro cliente mientras ése telefoneaba?... ¿No?... ¿En la terraza?... Mire si aún está... ¿También se ha ido?... ¿Sin esperar el aperitivo que había pedido?... Gracias... No... ¿De parte de...? De la policía... Ningún problema, no...

Fue entonces cuando decidió no acompañar al director a la Brasserie Dauphine. Al abrir la puerta del despacho de los inspectores, Janvier ya había vuelto y lo estaba esperando.

—Ven a mi despacho... Cuéntame...

—Es un tipo extravagante, jefe... Un hombrecito vestido con un impermeable, sombrero gris, zapatos negros... Ha entrado como una exhalación en el café Caves du Beaujolais y se ha precipitado hacia la cabina gritándole al dueño: «¡Póngame lo que quiera...!» A través del cristal, el dueño del bar lo veía agitarse dentro de la cabina, gesticular... Luego, cuando ha entrado el otro cliente, el primero ha salido de la cabina como alma que lleva el diablo y se ha ido sin beber nada, sin decir nada, corriendo hacia place Saint-Michel...

—¿Y el otro?

—Bajito también... Bueno, no muy alto, encorvado, de pelo negro...

—¿Y el agente de place du Châtelet?

—La historia es verdad... El tipo del impermeable se ha dirigido a él, sin aliento, muy excitado... Le ha pedido gesticulando que arrestase a alguien que lo seguía, pero no ha podido señalar a nadie entre la multitud... El agente se proponía hacerlo constar en su informe por si acaso...

—Vas a ir a place des Vosges, al bar que hay en la esquina de rue des Francs-Bourgeois...

—Entendido.